



SINUÉS



LIBRO PARA
LAS MADRES

PQ6567

.S5

L5



1020027418



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UN LIBRO PARA LAS MADRES.

Núm. Clas. 392.3
Núm. Autor 56182
Núm. Adg. 31500
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasifico 629
Catalogo _____

UN LIBRO

PARA

LAS MADRES,

ESCRITO POR

MARIA DEL PILAR SINUÉS.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID,
OFICINAS DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCLXXVII.

1877

100513

31500

860
S.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de los editores.

PQ6567
55
L5

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
U. A. N. L.

Madrid, 1877.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a
(SUCEORES DE RIVADENEYRA).
Duque de Osuna, 3.

Á MIS LECTORAS.

Este libro, mis queridas señoras, está dividido en dos partes; la primera son las *Memorias de una madre para su hija*, en las que le enseña á conocer la vida, á distinguir los sueños bellos y engañosos de la fría, pero sana realidad: el saber sufrir es una de las grandes ciencias de la existencia, y eso es lo que esta madre enseña aquí; vosotras, madres tiernas y amorosas, aprenderéis en estas *Memorias* la dirección que debéis dar á las ilusiones de vuestras hijas, haciéndolas ver que en la vida hay más penas que placeres, y que todos los que lloran con humildad y resignación son al fin consolados por nuestro Padre celestial.

La segunda parte de este libro es una colección de artículos sueltos, donde hallaréis como la teoría general de los deberes de madre, más bien en la parte moral que en la material; cuadros sueltos, ideas mías, reflexiones que las observaciones

de cada día me han sugerido, tal es lo que he reunido en esta especie de mosaico, que os ofrezco como una cariñosa amiga que soy vuestra.

Puede decirse que en España soy la única persona que se ha dedicado á escribir acerca de la educacion moral de la mujer; pero ¡con cuánto amor la mujer me lo ha recompensado! ¿Qué libro ha tenido una acogida tan brillante, tan entusiasta, tan admirable, tan afectuosa como mi obra *Un libro para las damas*? La primera edicion agotada con una rapidez de que no hay ejemplo en nuestra patria; la segunda, que casi lo está tambien, y las dos, vendidas en el término de algunos meses, son las mejores pruebas del amor con que aquella obra fué recibida; al género de *Un libro para las damas* pertenece la segunda parte de *Un libro para las madres*.

Que os haga pasar algunas horas tranquilas y apacibles su lectura, y que, reunido este libro á los demas que mi pluma ha producido, hagais de ellos vuestra biblioteca favorita, es lo que deseo, más que las más espléndidas recompensas. Sí, porque tengo la firme é inquebrantable conviccion de que, como decia la ilustre Mme. Campman, la sociedad mejorará en cuanto se eduquen las mujeres; el matrimonio será lazo de flores y no yugo de hierro, en cuanto nuestro sexo conozca sus deberes morales; y la paz y la alegría animarán el

hogar, en cuanto la madre y la esposa sepan dos cosas que parecen muy fáciles y que son tan penosas como precisas: *sufrir y esperar*.

Cuando venga la reaccion de las disolventes ideas que hoy amenazan el hogar y la familia, ya es probable que yo duerma en el sepulcro; pero sé que mi memoria hallará un eco en vuestros corazones, y que enseñaréis mi nombre á vuestras hijas con amor y gratitud; esos son los laureles que únicamente ambiciona vuestra amiga

LA AUTORA.

Madrid, 9 de Enero de 1877.

PARTE PRIMERA.
LA DICHA DE LA TIERRA.

MEMORIAS DE UNA MADRE PARA SU HIJA.

PRÓLOGO.

I.

Hace algunos años que, hallándome yo una noche sola en mi cuarto, me entraron un voluminoso rollo de papel atado con una cinta negra y sellado asimismo con lacre de luto.

En la parte superior venía escrito mi nombre.

Créyendo que serian originales para mi periódico *El Angel del Hogar*, rompí los sellos, y salió una carta que venía en primer término arrollada con un cuaderno de papel fino, pero bastante voluminoso.

—¿Quién ha traído esto? pregunté al criado que aguardaba.

— Un lacayo con librea de luto, me contestó.

—¿Espera todavía?

— No, señora; al abrir la puerta me lo entregó, y me dijo: « Para la señora »; luégo desapareció.

—¿Sin decir de parte de quién?

— Sin decir nada más.

Hice una señal al criado para que me dejara sola, y dirigí una mirada á la carta que tenía abierta; decia así:

II.

«Los adjuntos papeles, señora, son las Memorias de mi vida, que escribí y dediqué á mi hija, y que la entregué el día mismo de su casamiento con el hombre que yo la habia elegido.

»Las leyó..... pero no ha podido aprovechar los consejos que yo la daba en ellas..... ¡una cruel enfermedad la arrebató á los cinco meses de casada!

»¡Señora, mi corazón está destrozado! he vuelto á recoger esas Memorias, pero no quiero conservarlas, porque la suerte y mi voluntad han ahondado en torno mio un vacío que sólo Dios puede llenar; ¡sólo á Dios veo en él, sólo á Dios quiero ver! ¡Todo lo que trata de mi vida pasada, de mis sueños de jóven, de mis esperanzas de madre, es muy doloroso para mi herido corazón!

»Hoy salgo para una casa de campo que he comprado lejos de la corte, únicamente acompañada de dos criados antiguos: la que fué nodriza y segunda madre de mi hija, y un anciano que fué ayuda de cámara de mi marido; el mundo ha concluido para mí.

»En él diviso aún una figura circundada de paz, rodeada de una blanca luz..... la de V., la de V., que se ocupa sin cesar de ofrecer á las jóvenes los dulces frutos de su pluma; las sanas máximas de la virtud. Hija mia,— porque por mi edad bien le puedo dar este dulce nom-

bre,—hija mia, yo la confío lo que escribí para mi hija; yo la confío mis sueños y las realidades que al fin de ellos he hallado; délos V. á luz, y la ahorrarán quizá algunas horas de trabajo, si los juzga dignos de figurar entre las bellas y aromadas flores de su moral y recreativa Biblioteca.

»Todas las obras de V. las tengo; de ésta, tal vez llegará un día en que yo misma vaya á pedirle un ejemplar; pero eso será cuando esta dolorosa llaga de mi alma haya dejado de sangrar; entónces sabrá quién es una de las más desgraciadas mujeres del mundo, y tambien una de sus más fervorosas y apasionadas admiradoras.»

III.

Sentí deslizarse una lágrima por mis mejillas al acabar de leer esta carta, tan llena de tristeza y desaliento; evidentemente detras de aquellos renglones se ocultaba un gran dolor, una de esas penas que sólo la religion puede consolar.

Desdoblé el manuscrito, que era de papel fino y perfumado.

La forma de letra variaba segun adelantaban sus páginas; no se podia dudar al verlas de que se habian escrito en diferentes épocas y en el trascurso de algunos años.

—¿Quién sería la desgraciada señora, la infeliz madre que me enviaba la historia de su vida?

No podía saberlo; no era posible que yo lo adivinase. Desistí de mis cavilaciones al cabo de algunos instantes.

Sólo podía sacar en limpio de mis conjeturas que la persona que había escrito aquello pertenecía á la clase elevada de la sociedad.

¿Era culpable?

¿Era sólo desgraciada?

Mis lectores juzgarán, enterándose del elegante y perfumado manuscrito, que yo empecé á leer al instante, llena de emoción, de curiosidad y de enternecimimeto.

À MI HIJA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Para tí, mi querida Honorina; para tí, hija mia, escribo la historia de mi vida; ya has puesto el pié en el umbral que separa la infancia de la risueña juventud; hoy cumples quince años, hija mia; las puertas de la vida se abren para tí de par en par; las ilusiones, los sueños más bellos te cercarán por todas partes; la realidad, la dura y despiadada realidad, te herirá muchas veces en medio de ellos.

Quiero, pues, hija mia, no arrebatarte tus ilusiones; con tu alma tierna y poética esto sería hacerte mucho daño; pero deseo que sepas que la vida es prosa casi siempre, y que el mayor talento de la mujer consiste en poetizar esta prosa y en sacar de ella la parte bella y agradable, á la manera que la abeja saca de las flores sus jugos más exquisitos, para labrar la aromática miel.

Dios, padre indulgente y amoroso; Dios, sabio y eterno regulador del universo, sabe que así como el cuerpo no se alimenta sólo de pan, el espíritu no puede alimen-

tarse sólo de verdades amargas; por eso nos concede algunas dulces ficciones que nos ocultan la rudeza de nuestros deberes.

Él guie mi pluma para aconsejarte, para hacerte ver la santa y augusta verdad, para encaminar tu razon y esclarecer tu juicio; cada dia, al tomarla para continuar la tarea que te dedico, imploraré, como hoy lo he hecho, su favor y el auxilio de su divina Madre, fuente preciosa de toda belleza y poesía.

Es una verdad innegable que las penas comunicadas pierden mucho de su amargura: yo depositaré muchas en este papel, mudo confidente de mis dolores, y espero que su peso se aligerará, y que hasta los recuerdos que me atormentan cambiarán de carácter, dejándome, en vez de la afliccion presenté, una apacible melancolía.

Verás aquí cuántas lágrimas inútiles he vertido en este mundo, lo que es tambien una culpa: sólo debemos llorar por lo que lo merece, pues el llanto es un bálsamo precioso, que no se debe derramar inútilmente.

Algunas cosas, que he creido grandes dolores, veo ahora que eran sólo miserias humanas, por las que se debe pasar con la vista fija en el cielo: espinas del camino que hieren los piés: mas ¿á qué gemir por esto? en todos los senderos de la vida corre murmurante y bello el claro arroyo de la resignacion cristiana que lava y cura las heridas.

Basta ya de reflexiones, mi Honorina: no quiero cansarte con ellas: vale más que se desprendan de los hechos que te voy á referir, de la historia de mi vida, de los sucesos, tristes los más, muy pocos felices, que for-

man esta cadena, cuyo más hermoso eslabon eres tú, hija de mi alma: tú, cuya felicidad me es tan cara, que sólo el afan de asegurarla, en cuanto esté de mi parte, me hace volver atras esta larga y triste mirada.

LIBRO PRIMERO.

I.

ELENA.

Cuando yo vi la luz, dejó de verla para siempre mi madre.

Yo le costé la vida; y mi padre, que la amaba con delirio, jamás pudo olvidarla ni perdonarme su muerte.

Yo fui, sin embargo, la primera víctima de aquella catástrofe.

¿Qué hay en el mundo que pueda reemplazar á una madre?

Mi padre, el conde de los Valles, no podía darme más que lo que justamente me quitó: su amor y sus cuidados.

No es esto decir que me aborreciese; era bueno, humano, compasivo; pero aquel amor, el primero de su vida, había dejado honda huella en su corazón.

No sé si por dicha ó por desgracia, fui confiada, ó mejor dicho, fui casi arrebatada de la casa paterna por la madre de mi madre, señora que merece un retrato detenido, hecho y visto con atención.